

LA VIDA ES BELLA...

Guido, mi padre, fue asesinado en el campo de concentración italiano, en una de las últimas noches cuando el imperio de criminales gobernaba la ciudad. La sombra oscura de la muerte se sacudía por todos lados. La noche era eterna en todos los rincones de Europa.

Dora mi madre, supo de su muerte en el camino en busca de la libertad. Acostumbrada al dolor que perfora las almas, decidió que no tenía más fuerzas para seguir. Caminar hacia la libertad, para después morir... esos eran sus pensamientos. Llegar a la libertad, como homenaje a su hijo Josué y a su esposo Guido. Y luego el final. La muerte. Una muerte con color diferente a los esqueletos raquíticos de sus compañeras del campo. Ajena a esas vestimentas derruidas y olorosas. Al olor a podrido. Al dolor humano de la consternación sin respuestas. Los grandes murallones rodeados de alambres electrificados.

Mientras camina lejos de las miles de muertes, no puede olvidar. No puede olvidar el día en que Guido la besó por primera vez. No puede olvidar cuando asomó el primer diente en el rostro de Josué, las primeras palabras. Luego de una ducha aunque sea con agua fría. El final. El final amargo y esperado.

Esa era la manera en que nos relató Josue su historia. Esa historia tan llena de enigmas, dulzura, muerte y dolor. Recuerda también la inmensa alegría de su madre cuando supo que él no había muerto. Que él estuviera con vida, hacía que su madre siguiera con vida.

Ahora tiene casi ochenta años. Vino a la Argentina dos meses después que terminó la guerra. Dos meses después que pudieron confirmar la muerte de su padre. Encontrado en un viejo basural junto a otros miles de muertos.

Recuerda el viaje en barco. La comida con gusto a kerosene. Las lágrimas de su madre cada vez que le miraba el rostro y veía el rostro de su padre, con su alegría siempre a flor de piel. Esa alegría que la había enamorado. Esa alegría que lo mantuvo vivo durante todo ese tiempo.

Luego de venir con su madre a la Argentina. Aprendió el castellano. Se instaló en un conventillo de Buenos Aires y seis meses después en San Luis. Un familiar lejano lo ayudaría a conseguir trabajo y a soportar tanto dolor. Tanto dolor humano.

Hoy Josué recuerda los hermosos ojos de su madre. El esfuerzo de ella para que aprenda el difícil castellano que tenía tanto que ver con su primer idioma, pero que a la vez es tan diferente. Acompañarlo cada día a la escuela. Y sobre todo recordarle siempre la alegría de su padre.

Hoy Josué se ríe cuando me cuenta que en sus primeros años en la Argentina, siendo apenas un niño, se hizo peronista. No tenía mucha idea de la razón pero decía siempre eso en casa. Su madre, por el contrario odiaba a Perón, sabía de la reunión que había mantenido con Mussolini y eso le traía malos recuerdos. Recuerdos de sangre brotando en heridas sin cicatrizar.

En sus años jóvenes, la política dejó de importarle, y luego de ingresar a estudiar medicina en la Universidad de Córdoba, conoció a quien sería su único gran amor. Aunque no su única mujer en la vida.

Cuando la dictadura azotó al país. Muchas veces lloró por los recuerdos que le traía. El amor de un padre asesinado por mercenarios con poder le hacía sentir esa vieja desesperanza de que el mundo es

más terrible de lo que parecía. La experiencia del pasado le permitía observar con cautela y desazón el presente. Uno de sus amigos secuestrado y al que nunca más volvió a ver.

Esa noche, la recuerda con todos los detalles. Lo había visto en un viejo bar de Córdoba. Raúl, su amigo, le había dado dos cartas una para su madre y la otra para su mujer con la cual tenía un hijo. Josué decidió volver a San Luis. El temor se apoderó de él. Su novia viajó con él.

Al regreso, se encontró con su madre que desesperada le sugirió volver a Italia, pero ninguno quiso.

Cuando pasó la dictadura, médico y felizmente casado, decidió instalarse en Mendoza. Allí se desarrolló profesionalmente, trabajó durante algunos años en el Hospital Central, hasta que supo que su madre estaba muy enferma. Al día siguiente de la noticia, dejó el hospital y regresó a su segunda tierra.

Siempre se lamenta no haber podido tener hijos. A veces por la profesión, a veces por la dimensión de viejos temores que nunca pudo aclarar. Ese dolor de la infancia perduraba. Ese dolor de los años pasados, golpeaba de manera brusca en su situación de vida.

Su mujer envejeció con él, después de la muerte de su madre a los noventa y dos años, murió. Quedó solo de nuevo. En esa soledad que marca las angustias de no saber. Del dolor del pasado frente al espejo actual. Las cejas arqueadas marcadas por el tiempo perdido.

Lo dejó solo sin esos hijos, sin esos nietos a quien relatar su vida. Pero a pesar de eso, él como su padre seguía sosteniendo que la vida es bella, a pesar de todo.